

SINESIO
DELGADO

ALMENDRAS

AMARGAS

A-1540

10
P
11

SINESIO DELGADO.

ALMENDRAS AMARGAS



BUJOS DE CILLA

PRECIO: T. ES PESETAS



60416

2658

ALMENDRAS AMARGAS

SINESIO DELGADO

Almendras

amargás



COLECCIÓN

DE

COMPOSICIONES

EN VERSO

DIBUJOS DE CILLA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.

1893

—
ES PROPIEDAD
—





DESCORAZONÉMONOS

He tomado la pluma hace un momento
y no puedo escribir, porque me siento
en uno de esos días
de mortal desaliento
que solemos sufrir las medianías.

¿Hay nada más amargo
que correr tras la trompa de la fama,
viendo el camino cada vez más largo,
y, al parar de repente, hacerse cargo
de que no es á nosotros á quien llama?

¿Hay desdicha mayor que la que espera
al infeliz que sueña con la gloria,
al adquirir la convicción sincera
de que se va á morir como un cualquiera,
sin que deje ni rastro ni memoria?

El que cree, como en Dios, en su talento
y el plomo puro se le antoja plata,
no conoce el tormento
de esta triste impresión de agotamiento,
que aniquila y consume, enerva y mata.

En busca de un raudal de poesía
el cerebro se estruja,
y tras horas eternas de porfía
suele brotar un hilo, que podría
meterse por el ojo de una aguja.

Cuando ese caso llega,
no hay entusiasmo loco ni fe ciega;
trabaja el escritor como un cantero,
y se lanza á la brega
sin otras ambiciones que el puchero.

¡Ni un rasgo, ni un asunto, ni una idea!
¡Todo líneas borrosas y confusas!
Y ¿qué adelanta el pobre que pelea
para ver si franquea
los umbrales del templo de las Musas,
si después de luchar inerme y solo
contra el desdén perpetuo de las masas,
oye decir á Apolo:
¡No te molestes, hijo, que no pasas?

—
Por eso, algunos días
me siento en ese estado
que solemos sufrir las medianías,
¡y que no lo resiste el más pintado!



LA PULMONÍA

(DESCRITA POR UN GLÓBULO ROJO)



Yo no estaba en el pulmón
al empezar la cuestión,
pero me hizo un compañero
el relato verdadero
que copio á continuación:

Ello fué porque al entrar
por un tubo capilar
una racha de aire frío
se quejó del desavío
la mucosa pulmonar;
y se irritó de tal modo
que, atropellando por todo,
se puso como una fiera
y no se encontró manera
de arreglo ni de acomodo.

En vano el hombre quería
castigar tal osadía
aplicándose algodones
y bayetas y fricciones
al sitio que le dolía.

Los filamentos nerviosos,

que son los más fastidiosos
que yo he visto cara á cara,
tomaron pretexto para
echarla de cariñosos,
y armaron, sin más razón,
tal belén y confusión
de dolores y punzadas,
que se sintió en elevadas
regiones la oscilación.

Nosotros que, por deber,
no hacemos más que correr
contra nuestra voluntad,
por pura curiosidad
nos acercamos á ver.

Y al engrosar el montón,
fué tal la aglomeración
y tanta la algarabía,
que casi no se podía
circular por el pulmón.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha ocurrido?

Éste cuenta lo que ha oído,
aquél lo que se figura...
y empezó la calentura
sin habernos entendido.

Al fin, con tanto charlar
y agolparse y empujar
sin sosiego ni reparo,
se inflamó la parte. ¡Claro!
¡no se había de inflamar!

—¡Señores! No ha sido nada
(gritó una célula ahogada).

¡Váyanse ustedes de aquí!

—Eso quisiéramos, ¡sí!
pero ¿dónde está la entrada?—

De repente la función
de toda aquella región
se suspendió en tal estado...


Era que había cesado
de latir el corazón.

.....
El doctor, en el instante,
pudo dar fe en un volante,
con su nombre y apellido,
de que aquello había sido
pulmonía fulminante.

Pero yo vengo á ofreceros
testimonios verdaderos,
y así tendréis la certeza
de que fué una ligereza
mía y de mis compañeros.




TIPLE NUEVA



Salió á escena Dolores... ¡desdichada!
con unas mallas de color de tierra,
un tonelete corto, desteñado,
y un pedazo de talco en la cabeza.
Al ver aquella facha de cadáver,
que adelantaba el paso con vergüenza
y mostraba en las formas angulosas
la terrible señal de la miseria,
el público no pudo contenerse,
y se rió de firme á boca llena.


Temblorosa la pobre y asustada
llegó casi á tocar las candilejas,
y... no vió nada más. Creyó que todo
se había concluído para ella.
Quiso cantar entonces, y en el cuello
sintió como las garras de una fiera
que las notas del tango trastornaban,
cambiándolas en lágrimas y quejas.
Y el público gozaba lo infinito,



y la insultaba el director de orquesta
y... al fin, para aplaudir el sufrimiento,
se deshizo en palmadas la tormenta.
¡Desventurada tiple! Luchó en vano
con los rigores de la suerte adversa;
su madre no comía, pidió auxilio,
y cerradas halló todas las puertas.
Venció al fin sus escrúpulos, y un día
corrió á un teatro y se ofreció á la empresa.
—¿Canta usted?— No lo sé.—¿Pero se atreve
á salir casi en cueros á la escena?
—El hambre lo hace todo.—Pues andando.
Y puso en los carteles: ¡Tiple nueva!

—

Visto estaba el fracaso, porque Lola
no tiene más que huesos en las piernas,
y el público imparcial quiere descaro,
y si descaro no, ¡carne siquiera!



¡DESPERTA, FERRO!

Medina, que es matón, según la fama,
vió á su dama con Mendo en la calleja,
y le impidió el amor á la pelleja
caer sobre el cortejo de su dama.



Ocultóse en la sombra con escama
sacó la espada enmohecida y vieja
y exclamó golpeándola en la reja:
—¡Desperta, ferrol!... que el valor te llama.

Y si me ayudas tú, mato á ese perro,
cuya sola presencia me acoquina.
—Ya que me habéis sacado, dijo el hieirro,
llevadme de asador á la cocina;
pero no me digáis ¡desperta, ferro!
que el dormido sois vos, señor gallina.

Al oirlo Medina,
dió por bueno el dictamen de la espada,
y... Mendo se quedó sin la estocada.





¡LO QUE SON LAS COSAS!

CARTA DE PERENGANO Á PERENCEJO

Entre la playa y la ciudad habito
con la calma dichosa de un bendito.
Igualmente confusos los rumores
llegan á mí del pueblo y de las olas,
y vivo, sin placeres ni dolores,
con la campiña y con el mar á solas.
Lo que aquí pase hoy será lo mismo
que lo que ayer pasó, ó el otro día.

Esta es la explicación de mi mutismo:
la tranquila y feliz monotonía.

A romper este plácido sosiego
la semana pasada
vino un suceso triste. La arribada
de un vapor consumido por el fuego.
Te diré cómo fué. ¡Qué noche hacía!
Vertiendo su incesante espumarajo
de rabia, el mar rugía,
y tronaba y llovía
como si el cielo se viniera abajo.
En esto, allá á lo lejos,
sobre las negras olas, de repente
brillaron los reflejos
de una inmensa fogata intermitente.
Era el barco que ardía
corriendo sin cesar sobre el abismo,
¡moribundo sublime que se hacía
un blandón funeral consigo mismo!
Centenares de seres desgraciados,
convulsos, espantados
ante aquella desgracia ineludible,
yacían en la proa amontonados,
previendo una catástrofe terrible.
Atrás, en tanto, se abrasaba todo,
y crecía el incendio de tal modo
que marchaba impetuoso hacia adelante
con paso de gigante.
Solo un hombre en la popa, fuertemente
agarrado al timón, como un valiente
cumplía su deber, firme, sereno,
y guiaba al vapor en su carrera
para ganar el puerto, si pudiera,
ó morir en la empresa como bueno.
Las llamas le envolvían
y, al parecer, matándole gozaban;

azotaban su rostro si subían,
y quemaban sus pies cuando bajaban.
¡Figúrate lo horrible de la escena!
¡Pero el héroe triunfó! Ninguno sabe
por qué milagro la abrasada nave
llegó á la playa y encalló en la arena.

¡Qué alegría y qué gritos en el puerto!
Todos los pasajeros se han salvado...
menos el timonel, que achicharrado
paró en el hospital y allí se ha muerto.

Este detalle triste no ha podido
turbar las expansiones de la playa,
porque ya le han metido
en la fosa común, y cruz, y raya.

Y allí descansa el hombre,
un poco más allá del monumento
de un bravo general, que tuvo nombre
porque envió á morir á un regimiento.





POESÍA AMOROSA

(PERO DE MALA INDOLE)

Eres muy guapa, Clarilla;
tú no serás un dechado
de virtud pura y sencilla...
pero ¡anda! que á pantorrilla
no te gana el más pintado.

Lo cual, en una mujer,
representa una fortuna
y un manantial de placer.
Eso es lo que hay que tener,
y lo demás es tontuna.

No faltará quien te diga
que el alma, la educación,
el candor, que Dios bendiga,
son la sustancia, la miga
que alimenta la pasión.

Lo cual es una simpleza.
Yo soy todo un caballero
y en cuestiones de belleza
me quedo con la corteza,
¡por la corteza me muero!

¡Al diantre las pudorosas!
Fe, virtud, aire contrito....
¡Que se quiten esas cosas
ante las curvas graciosas
de tu cuerpo rebonito!

Eres tiple, según varios
cartelones; has tenido
éxitos extraordinarios.
¡Hasta dicen los diarios
que cantas! Yo lo he leído.

¡Ser tiple tú! ¡Ya están buenos
mentirosos los carteles!
En fin, eso es lo de menos.
Tú salvarás los estrenos,
aunque pierdas los papeles.

Con tus notas ametrallas,
con tus frases apedreas,
pero te pones las mallas,
sales á la escena, callas,
y entonces..... ¡bendita seas!

Y se comprende, Clarilla;
el público ama lo bello,
y aplaude tu pantorrilla
porque no hay una quintilla
más artística que aquello.

Todo el mundo está prendado
de la forma, de tal modo,
que es aforismo probado
que *en los negocios de Estado*
la buena forma es el todo.

¡Pues si el mundo se fijara
en más que en la superficie,
por un ojo de la cara
no hallarías quien gozara
del placer y la molicie!

A mí, que soy medianía,
como cualquier barrendero,
lo que es profundo me hastía;
creo que hasta en poesía
es la forma lo primero.

Porque, además, te respondo
de que los vates *de entrada*
que piensan mucho y muy hondo,

casi siempre, allá en el fondo,
ocultan una bobada.

El exterior nos domina;
y que te sirva de norma
que todo el mundo se inclina,
como yo, ante la divina
brutalidad de la forma.

Será el decoro un tesoro,
pero, Clarilla, es un hecho
que sin decoro te adoro...
¡Pues si tuvieras decoro
buena la habíamos hecho!





DOS CREPÚSCULOS

I

Cuando empecé á estudiar anatomía
allá en Valladolid, junto al Campillo
de San Andrés, tenía
trece años nada más. Era un chiquillo.

Un mes antes mi madre había muerto,
y mi padre, una noche
me sacó de la cama, mal despierto,
me dió un hatillo y me metió en un coche.

Y al empujar la portezuela dijo:
—Solo vas á vivir. Estudia, hijo,
y procura romper la medianía,
porque el término medio es tontería:
¡ó ser rico, ó cavar! ¡corte ó cortijo!—

Meditando la frase
llegué á Valladolid de madrugada,

dejé el lío de ropa en la posada
y, temblando de miedo, entré en la clase.
¡Cuántas veces, después, me habré reído
del efecto que haría á aquella gente
el pobre colegial recién venido,
asustado, encogido,
mirando al profesor devotamente!

Mis pueriles temores
veían en la calle, en el paseo,
presagios de desdichas y dolores,
motivos de nostalgia y de mareo,
y á pesar del murmullo de la gente,
notaba en torno mío
el silencio terrible del vacío,
que hiela el corazón del más valiente.

Sentí que me invadía
tenaz melancolía,
me aturdió aquel rumor desconocido
que llegaba hasta mí desde la Acera,
y me senté en un banco de madera
de la plaza Mayor, triste y rendido.

El día se acababa. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.

Y me vi solo allí. ¡Solo á la puerta
del laberinto de la suerte incierta
que ya de ningún modo
podría dominar! ¡Lejos de todo!
¡Hasta más lejos de mi madre muerta!
¡Cuánto sufrí aquel rato, Virgen santa,
con el llanto atascado en la garganta!

II

Volvíamos del campo el otro día
saturados de vino y de alegría,
formando bulliciosa caravana

cuatro ó cinco devotos de esas cosas
y unas cuantas chiquillas muy graciosas,
que han tirado el honor por la ventana.

Habíamos comido en la pradera
sin trabas, ni etiquetas ni mirones,
y, en fin, para evitarme descripciones,
¡la tarde había sido de primera!

Traíamos no más como despojos
de la campal batalla
las carcajadas del placer que estalla
y el cansancio de goces en los ojos.
Tornábamos de prisa;
ellas muertas de risa,
tomándose infinitas libertades,
y nosotros... en mangas de camisa
y roncos de cantar atrocidades.

Se había hundido el sol. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.
Y... no sé cómo fué. ¡Cosas del vino,
que sugiere una idea por minuto!
Yo me vi años atrás, hecho un doctrino
con mi ropa de luto,
solo y abandonado á mi destino,
con el alma oprimida
por el dolor más grande de mi vida.
Y entré en Madrid, más blanco que la cera
y ahogando los suspiros en la boca,
del brazo de mi linda compañera,
¡que seguía riendo hecha una loca!





FILÍPICA

Llamé á la Musa ayer. Mohino y harto
de coplitas ligeras, sin meollo,
burbujas de jabón que se deshacen
y no dejan ni rastro al primer soplo,
quise cantar al fin, romper el molde
donde no entran lo grande ni lo hermoso
y cambiar la bandurria del payaso
por la trompa marcial ó el arpa de oro.
Cedió á la invocación, pero ¡en qué estado
se presentó la pobre ante mis ojos!
Con la túnica blanca hecha jirones,
tristísimo el mirar, pálido el rostro...

—¿Qué quieres?

—Que me inspire.

—¡Que te inspire,

después de haberme puesto de este modo!

—¿He sido yo tal vez?

—Tú y otros cuantos,

pobres orugas del jardín de Apolo,
que me pedís aliento á todas horas
para arrastrarle luego con vosotros.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué cuerno!

(aquí dos improperios muy sonoros).

¿Para qué me queréis? Soy una carga
que no podéis llevar sobre los hombros.

La inspiración que os doy, sublime á veces,
no os cabe en el cerebro huero y fofo,
y trocáis en melindres femeninos

la viril energía que os otorgo.

Si os burláis del amor, si de las luchas
de la pasión más noble hacéis jolgorio
y tomáis los guijarros por montañas

y achicáis entre risas lo grandioso;
si vivís sin creencias, siempre haciendo
chacota de la fe, burla de todo,

¿qué pretendéis cantar, que no resulte
bajo, podrido y ruin como vosotros?

Yo necesito gente que me crea,
hombres fuertes, ingenios vigorosos,
no muchachuelos cínicos y audaces
á quienes sirva el corazón de estorbo.

Vosotros no sentís, no tenéis alma...

¡Morralla nada más! ¡morralla todos!

.....
Y sin decirme más, entre las sombras
se fué desvaneciendo poco á poco.

EL NICANOR

Yo nací... ya no me acuerdo;
¡ni á ustés ni á mí nos importa!
Me cogió la tía Repulgos,
que era una vieja asquerosa
que echaba cada responso
que encendía la custodia...
y me envió por las calles,
al *aquel* de la limosna,
pa que dijera:— ¡Hermanito,
que tengo á mi madre coja
y á mi padre casi ciego,
sin qué llevarse á la boca!—
Y el día que no entregaba
veinte riales pa la compra,
me ponía la cabeza
lo mismo que una zambomba.
Dimpués me puse á la venta
de papeles y de historias,
y, á fuerza de correr calles
pregona que te pregona,
no sacaba ni pa medio
panecillo y media copa.
¡Aquello era reventante,
como hay Dios! Un día el *Rosca*
fué y me dijo dice:—Oye,
Nicanor, hay ciertas cosas
que no puen ser. ¿Tú eres hombre?

¡Pus déjate de *panoplias*
y métete en los negocios
que te den dinero y honra!—
El *Rosca* me abrió los ojos,
y dende aquel punto y hora



vivo como un señorito
y estoy ganando la gloria.
A veces uno anda torpe
y se descuida, y le embocan
en la cárcel, *por blasfemo*,
y se está un mes á la sombra.
¡Miá que por blasfemo! ¡Vamos

que la disculpa es guasonal
¿Qué digo yo, cabayeros?
Cuatro ó cinco palabrotas,
y na más, y eso ¿qué tiene?
¡Tamién las dicen, y gordas,
los diputaos del Congreso
cuando arman alguna bronca!
Pero eso es una desgracia
que no vale una cebolla.
El caso es que yo me bebo
los vasos que se me antojan,
y si no pago, se achantan,
y si me chiyan, no cobran;
y yevo siempre sortijas
pa dárselas á mi moza,
y un duro en plata á la mano
pa que ninguno me tosa.
Tengo un compadre cantero,
que es una buena persona,
que se pasa todo el año
tomando el sol en la obra,
sin comer más que patatas
y tomates y otras cosas
indiznas de un cabayero,
y me ha dicho:—¡No te corras,
Nicanor! ¡Que en ese oficio
te está esperando la horca!
Trabaja, que es lo derecho...—
Pero yo no estoy pa bromas,
y antes que agarrar el cubo,
me echo al pescuezo una sogá.
Porque ¿qué es el hombre? Un bicho.
¿Y qué es el bicho? Una cosa.
¿Y qué es la cosa? ¡Pus eso!
Aquí el que no corre... *vola*.
¡Pus que trabaje el obispo,
que tié dinero de sobra!



EL CAMINO DEL CIELO

—No se moleste usted, padre Gabino,
en dedicarme arengas y sermones...
usted va con buen fin, pero yo opino
que eso es gastar el tiempo y los pulmones.
«El sendero del bien es muy estrecho,
lleno de matorrales,
de obstáculos enormes, colosales,
donde espíritus firmes se han deshecho.
La senda del pecado no es lo mismo.
Ancha, florida, alegre á todas horas,
oculta los horrores del abismo
con velos de ilusiones tentadoras.
¡Por eso rara vez por la torcida

vía de la virtud vemos que avanza
un alma acongojada y dolorida
á quien sostiene sólo la esperanza;
y en cambio en el camino del infierno
se apiña multitud pecaminosa
que va arrastrada hacia el suplicio eterno
por la apariencia aleve y engañosal»

Eso me dice usted, padre Gabino,
sin creer que me dice un desatino.
Ustedes, sacerdotes virtuosos,
los que respetan su misión sagrada,
que aunque saben que hay diablos asquerosos
de todo lo demás no saben nada,
suponen que esa vida licenciosa
es una infame pero alegre vida,
puesto que siendo fruta prohibida
debe de ser sabrosa.

Y dicen á los fieles: «En el vicio
hallaréis los placeres, pero abajo
esperan las calderas del suplicio.
El practicar el bien cuesta trabajo,
pero luego se encuentra el beneficio.»

¡Error tremendo, padre! Usted ignora,
porque no lo ha probado todavía,
que un pecadillo leve de una hora
produce un amargor que dura un día.
Y un bien que se ha prestado ó recibido,
una acción meritoria

deja en un corazón encallecido
esa dulce emoción que sabe á gloria.
Causa el mal desventuras ignoradas
que atroz remordimiento hace secretas,
y siempre las pasiones desbordadas
dan mayores disgustos que sujetas.

¿Y la tranquilidad del hombre honrado
que es el supremo goce?

¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado
que quiere ser feliz y es desgraciado

negando una virtud que no conoce?
¿Y el derecho á reirse del destino
y á encontrar en las penas un consuelo
que arranca las espinas del camino?
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!





EL AVE MARÍA

I

Formado en el repecho de una loma estaba el regimiento de reserva, con las miradas fijas en el cerro y con los pies clavados en la tierra.

Los jefes y oficiales en corrillos, los soldados en filas incorrectas, y á los lados bagajes, camilleros, músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campiña silenciosa, bañada por un sol de primavera, ese ruido de arreos militares que imita el preludiar de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente, con mezcla de temor y de impaciencia, el lejano rumor de la batalla

que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido,
como llegan las olas á la arena
quejándose al romper, á poco rato
de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines,
los estampidos del cañón que truena,
los gritos, el estrépito, los ayes
de la carga brutal á la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima,
se oyen las voces cada vez más cerca,
y el fiero relinchar de los caballos,
y el lúgubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo,
se agrupan por instinto los que esperan,
y oscilan á la vez dos mil fusiles,
cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante
que se lanzó hacia abajo á rienda suelta,
y en seguida vibró la aguda nota
con que impuso silencio la corneta.

—Dios te salve, María,—dijo un quinto,
como pudo decir una blasfemia,
y mirando á los otros enseguida
se puso colorado de vergüenza.

En lugar de soltar la carcajada,
palidiecieron los que estaban cerca,
y... rodó la oración, de boca en boca,
por todo el regimiento de reserva.

—

La sencilla plegaria subió al cielo
pura y solemne, por llevar con ella
el llanto de las madres desdichadas
y el amor de las pobres lugareñas.

II

El sagrado perfume del incienso
satura todo el aire de la iglesia,
y los rayos de luz en las ventanas
con los cristales de colores juegan.

En el altar mayor, entre dos cirios
que con fúnebre son chisporrotean,
la imagen de la Virgen se levanta,
con manto de tisú con lentejuelas.

Allá, en las altas bóvedas, parece
que zumba el eco de plegarias tiernas,
murmillos de oraciones fervorosas
acompañados de invisible orquesta.

Y en el desierto templo nada turba
ese sosiego místico que lleva
á pensar en la dicha de los cielos
y en las duras fatigas de la tierra.

Todo convida á orar. Una campana
en la espadaña del convento suena,
y á través de la espesa celosía
desfilan lentamente sombras negras.

Los reverendos frailes se arrellanan
en los anchos sillones de vaqueta
y, á juzgar por las trazas, se disponen
á continuar la interrumpida siesta.

Pero de pronto el órgano recibe
la caricia del viento en las trompetas,
y llena el templo todo con sus notas
de augusta sencillez y de grandeza.

Lamentos de contritos pecadores
que adoran á la Reina de las reinas,
ayes de angustia, gritos de socorro
la cadenciosa música semeja.

Se apaga el cuchicheo, y apoyando en los anchos respaldos las cabezas, rompe á cantar el coro:— Ave, María— con voces graves, varoniles, llenas...

—
También esta oración subió á la gloria con la del regimiento de reserva; pero ésta no pasó de los umbrales, porque San Pedro se durmió con ella.



CONFITEOR

I

—Padre, yo tengo un amigo
que es un poco calavera.
Quiere llevarme consigo
de broma y de borrachera.

Y yo he pasado un mal año
dudando continuamente
entre acudir al engaño
ó seguir siendo inocente.

—Pero ¿has vencido?

—¡He vencido!

—Pues por sola esa victoria
tienes casi conseguido
el galardón de la gloria.

—Sí, ya lo sé, señor cura;
pero es que, habiendo triunfado
y todo, se me figura
no estar limpio de pecado.

—¡Cómo es eso!

—Verá usted.

Á cada proposición
malévola, yo logré
resistir la tentación;
pero á solas luego en casa
se me escapa el pensamiento

y no sé lo que me pasa
porque no sé lo que siento.

El alma se me recrea,
sin querer, en muchas cosas
de que yo no tengo idea...
¡y me las pinta preciosas!



Veo, cerrando los ojos,
mucha luz, muchos brillantes,
mujeres de labios rojos,
atrevidas, incitantes,
que me llaman sonriendo
para ofrecerme caricias,
y como nada comprendo
de esa clase de delicias,
siento la sangre acudir
velozmente al corazón...

¡y no me deja dormir
la maldita tentación!
¡Si usted viera qué tormento!
¡Perdone usted si le digo,
señor cura, que hasta siento
cierta envidia de mi amigo!
—¡Esa es muy mala señal!
Si no consigues ser fuerte,
caes en pecado mortal
y el demonio va á vencerte.
¡Es tan astuto el demonio!
¡Piensa en tales ocasiones
que el bendito San Antonio
tuvo idénticas visiones!
—Ya lo pienso y ya lo sé.
—¡Y por celeste favor,
auxiliado por la fe,
salió siempre vencedor!

II

—Señor cura, arrepentido
vengo á confesarlo todo.
¡Soy un infame!
—¿Has caído?
—He caído, ¡y de qué modo!
—¿Tu amigo?... —Seguí sus huellas;
¡me prometió tantas cosas!
—¿Y qué? —Comimos con *ellas*...
¡Si vieras usted qué graciosas!
Eran morenas las dos,
con unos ojos así...

—¿Y no has pensado que Dios
no tendrá piedad de ti?

¿No meditas en la gloria
de San Antonio bendito,
que supo obtener victoria
en tal caso?

—Sí, medito,
pero es que el santo sin duda
para el momento oportuno
fué preparando la ayuda
del cilicio y el ayuno.

—¡Por eso venció y fué santo!

—¡Sí, pero no vencería
si hubiera bebido tanto
como yo bebí aquel día!



LA NOCHE DE ÁNIMAS

(MEMORIAS DE UN MUERTO)

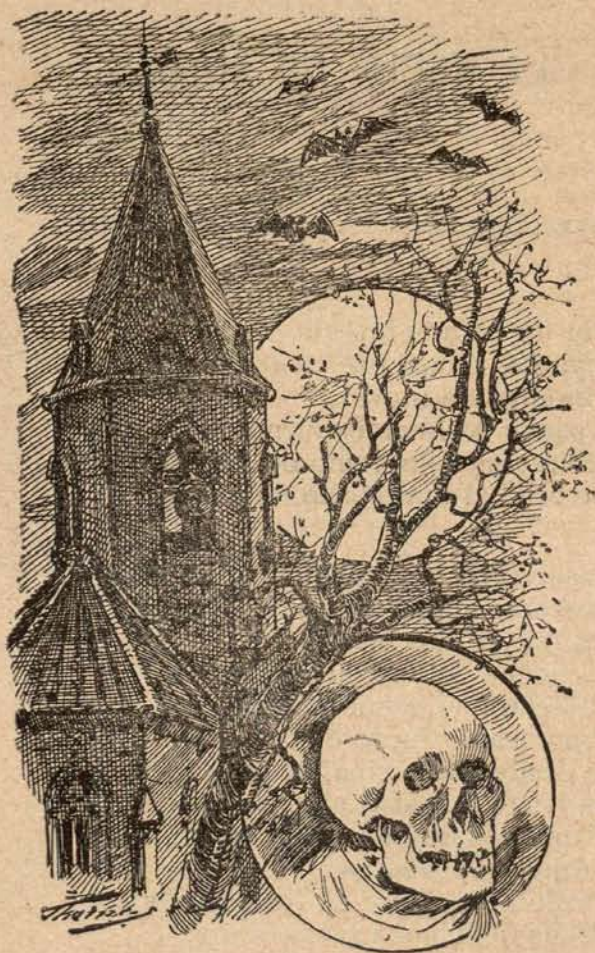
Por un pecado leve
que ya no sé cuál fué, creo que un beso
en un cutis de nieve
que suave borla embadurnó de yeso,
conoció el Ser Supremo mi impureza
y me echó al Purgatorio de cabeza.

Pasaron días, meses ¡no sé cuántos!
de torturas que el mundo desconoce,
hasta que, al dar las doce
de la noche del día de los Santos,
súbita claridad, como reflejos
del sacrosanto fuego de la gloria,
cayó desde allá arriba, de muy lejos,
en la triste mansión expiatoria.

Y una voz de dulcísima armonía
nos dijo:—¡Pecadores,
por orden del Señor de los señores
libres os dejo hasta rayar el día!

Las almas se lanzaron á la puerta
volando en pelotones hacia el mundo,
y en menos de un segundo
la inmensa cárcel se quedó desierta.

Subía hasta nosotros desde el suelo
murmullo de sollozos y plegarias;



brillaban lamparillas funerarias
como estrellas del cielo...
¡Era nuestra la noche! Las campanas
nos traían recuerdos expresivos

que á sus almas hermanas
enviaban los vivos...

—
Yo penetré en la casa que fué mía
buscando á Estefanía,
la fiel y dulce esposa
que por la Virgen me juró llorosa
morirse ella también, si me moría.

Y al acercarme al lecho,
¡aquel lecho nupcial casi sagrado!
me hubiera desgarrado
con rabia el pecho, si tuviera pecho.

¡Había un hombre allí! ¡Y Estefanía
apoyaba en su brazo la cabeza
con esa languidez de la pereza
que produce el amor, cuando se hastía!

Lo que pasó por mí no sé de cierto.
¡Tan honda fué mi pena,
que maldije mil veces la cadena
que me impidió morir estando muerto!

—
Bendijo aquella unión el sacerdote
lo mismo que la mía...

Acaso la pareja se quería
y aquel marido nuevo, aquel pegote,
del alma del antiguo se reía...

Ocupaban mi lecho
con perfecto derecho.

¡Aquello era legal! ¿Qué duda cabe?
¡Pero he sufrido lo que Dios no sabe!

¡Comprended estos celos impotentes
que golpean con látigos candentes!

¡Este suplicio eterno

en que todo consuelo es ilusorio!

¡Ay! Desde aquella noche el Purgatorio
es para mí algo más... ¡Es el Infierno!



INDIFERENCIA

La guerra preparaba sus horrores.
Un sol de primavera
lanzaba sus primeros resplandores
y, agradecida al astro, la pradera
le ofrecía el perfume de sus flores.

¡Qué hermoso estaba el día!
En el llano y el monte parecía
que, cantando la paz del firmamento,
corrían por el viento
misteriosos murmullos de alegría.

La luz se reflejaba con variados
vivísimos cambiantes

y, al parecer, tenían los soldados
bayonetas con puntas de diamantes.
Comenzó el tiroteo en las guerrillas
con ayes, maldiciones y gemidos,
y empezó el movimiento de camillas
para quitar de enmedio á los heridos.

Las apiñadas masas se movieron
en orden de batalla,

sonaron las cornetas, escupieron
 los cañones torrentes de metralla
 y, al olor de la sangre, poco á poco
 fué creciendo la rabia de manera
 que se iba el más cobarde, medio loco,
 á matar ó morir, como una fiera.

La lucha era reñida
 y se batía de verdad el cobre.
 Los huecos se ocupaban en seguida,
 y en el puesto en que un pobre dió la vida
 acudía á jugársela otro pobre.

Cuando iba á entrar en fuego la reserva,
 dos jilgueros hablaban lo siguiente,
 al borde de una fuente,
 limpiándose los picos en la hierba:

—¡Hola, amigo! ¿Qué es eso?

—Cañonazos.

Son seres superiores que se baten.

—Pues por mí, que se maten.

—Pues por mí, que se caigan á pedazos.

—¡Otra descarga!

—¡Dos! ¡Anda, morena!

—¿Has bebido?

—Hace rato.

—Pues disponte

á dar un *vulecito* por el monte,
 que la mañana, como ves, ¡es buena!





MISTERIOS

Por el placer cansada, duerme tranquila
reclinada en mis brazos mi Petronila,
modista de sombreros, joven, graciosa,
con dos ojos que valen cualquiera cosa.
Ha venido á mi casa furtivamente,
lanzándose á una empresa tan imprudente
porque me quiere tanto, según me jura,
que está casi á dos dedos de la locura.
Los labios encendidos, libre el cabello
y la frente ardorosa junto á mi cuello,
duerme con una calma que me consuela,
porque el remordimiento no la desvela.
Yo la esperaba ha poco, casi convulso,
con el alma agitada, trémulo el pulso

y deseando á ratos que no viniera,
por si hacía el demonio que alguien la viera.
Al fin llegó temblando, de miedo loca,
pálidas las mejillas, seca la boca;
en cuanto vió que estaba la puerta abierta,
ya quería volverse desde la puerta,
y cuando yo, muy bajo, casi al oído,
la dije: «Pero entonces, ¿á que has venido?»
tal impresión de espanto leí en su cara,
que estuve por decirle que se marchara.

.....
Mi Petronila ahora duerme sin miedo;
ya el universo todo la importa un bledo,
y cualquiera diría que no ha pecado
al ver su lindo rostro tan sosegado.
Yo, que con santa calma beso su frente,
me digo, acariciando tranquilamente
su blonda cabellera, sedosa y riza:
¿Qué tendrá este pecado, que tranquiliza?





LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO

Don Facundo y su señora
han tomado la manía
de endilgarme cada día
un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos
con el tema socorrido
de que el mundo está perdido
y olvidado ya de Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer
irritado don Facundo).

¡Vea usted cómo está el mundo!

--¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor:
¡Atravesando una crisis
hasta que muera de tisis
y... otra enfermedad peor!

La política, una farsa
donde triunfa el más tirano,
mientras el pueblo pagano
hace el papel de comparsa.

Los negocios son chanchullos;
las posiciones, compradas;
las amistades, bobadas:
las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión;
en cada casa un belén;
siempre sospechoso el bien,
siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad
porque eso va siendo viejo;
puesto que el arte es espejo
que pinta la sociedad,
vea usted cómo está el arte
y dígame francamente
si una persona decente
va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias,
sandeces, majaderías
que llaman pornografías
por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto
de detalles fríos, sosos,
cuando no son asquerosos
el estilo y el asunto...

Pues ¿y la conversación?
¿Puedo yo, vamos á ver,
ir con mi pobre mujer
á ninguna reunión?

¿Para qué, si se ha de hablar
del novio de la vecina,

de maridos en berlina,
de amores de lupanar;
todo con aditamentos
de anécdotas al oído,
frases de doble sentido
y chistes como pimientos?
¡Hombre! Ni puede siquiera
salir mi esposa á la calle,
porque ha tenido buen talle
y ha sido muy retrechera,
y da la casualidad
de que hay siempre un descarado
que, sin ver que estoy al lado,
la dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso
de la vanidad traidora,
porque la pobre señora
está asegurada de eso.)

—Perdone usted, don Facundo,
dije, calmando su ira;
aunque parezca mentira,
voy á defender al mundo.

—¡Imposible!

—No, señor.

Ello no está bien, verdad;
pero no veo otra edad
en que haya estado mejor.

Larra, en distintos papeles,
se quejaba á todas horas
de las mujeres traidoras,
de los amigos infieles,
del triunfo de la osadía,
de la política artera,
y de que tan sólo hubiera
honor de guardarropía.

¿Más atrás? Pues don Ramón
de la Cruz, en sus sainetes,
pinta tunos mozalbetes,

doncellas de relumbrón,
manolas cuyos cortejos
convidan á los maridos,
el cinismo en los perdidos,
la hipocresía en los viejos...
¿Más atrás? Lope de Vega,
Calderón, Moreto, Rojas
llenaron hojas y hojas
con amoríos de pega,
damas de virtud dudosa,
galanteos indecentes,
¡las aventuras corrientes
entre el amante y la esposa!...

Pues ¿y Quevedo? ¡Pero, hombre,
si nos deja tamañitos
porque llama en sus escritos
á las cosas por su nombre!

¿Más atrás? La tiranía:
por dinero los honores,
con queridas los señores,
la plebe una porquería.

¿Mucho más atrás? Pues bien,
¡Roma! la reina del mundo...
Repáre usted, don Facundo,
en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales,
la fuerza en sus formas rudas...
¡y las mujeres desnudas
sobre los carros triunfales!

¿Más atrás? ¿Voy á Israel?
Vamos. El pueblo escogido,
que estaba tan corrompido
que Dios no pudo con él.

Y conste que lo atestiguo
con verdades como templos,
¡porque está lleno de ejemplos
todo el Testamento Antiguo!

¿Más atrás? ¡Pues aunque corra

esta sociedad perdida,
no podrá estar en su vida
como Sodoma y Gomorra!

¿Y antes del diluvio? ¡Nada
queda igual ni por asomo!
Porque, dígame usted, ¡cómo
estaría la jugada

cuando no pudo pasar,
y el mismo Dios de Sión
tuvo que echar un borrón
para volver á empezar!

Y habiendo así terminado
aquella broma pesada,
me marché sin oír nada,
creyendo dejar probado
á don Facundo y señora,
sobre todo á don Facundo,
que jamás ha estado el mundo
menos perdido que ahora.





ÉGLOGA

Personajes: UN MIRLO en la espesura;
UNA ORUGA que esconde su figura
en la hojita que muerde;
LA MUSA vaporosa, allá en la altura,
y UN POETA tendido sobre el verde.

EL MIRLO (*dirigiéndose al gusano*).

—Tú que tienes la vista despejada,
¿quién es ese animal?—Un ser humano
que no está haciendo nada.

—¡Callad (*dice la Musa*), maldicientes!
¡No calumniéis á un hombre de talento
que recorre regiones diferentes
con el rauda volar del pensamiento!
¿Que no hace nada, ignaro?
(*esto va con el Pájaro atrevido*).
¿No sabes que yo amparo



á ese sujeto al parecer dormido,
y que bullen tal vez en su cabeza
concepciones de mágica belleza?

EL POETA (*frotándose los ojos*).

—¿Qué es eso? ¿Quién murmura
en el fresco verjel? ¿Es, por ventura,
el hada que soñaron mis antojos?

EL MIRLO.—No lo entiendo.

LA ORUGA.—Yo tampoco; sin embargo,
creo que, con el tiempo, me haré cargo
de que es sublime lo que está diciendo.

LA MUSA.—¡Miserables criaturas!

¿Cómo habéis de entender ese lenguaje,
música celestial de las alturas
vestida con espléndido ropaje?

LA ORUGA (*al Pajarraco*).—¿Oyes al hada?

—Me parece que ha dicho una bobada.

EL VATE (*dirigiéndose á la Musa*).

—¡Dios te bendiga ¡oh, tú! que desde el cielo
vienes á darme inspiración infusa
para calmar mi anhelo!

Espíritu sin fin y sin principio
que velas en la tumba de mi madre,
escúchame, aunque el pecho te taladre...

EL PÁJARO (*á la Oruga*).—Eso es un ripio.

EL POETA (*iracundo*).—¿Quién se atreve
á criticar mis frases? ¡Algún necio
que dominado por la envidia aleve
pretende zaherirme! ¡Le desprecio!

LA MUSA.—No hagas caso
de tanto imbécil como sale al paso;
anda y dile tus versos á tu amada,
que no te dirá nada...

.....
.....
EL MIRLO.—Dime, oruga,

¿sabes qué es poesía?

—No sé, porque me paso todo el día

sin salir de esta hojita de lechuga.

EL CÉFIRO (*al pasar como un cohete*).

—¿Por qué os metéis en discusión tan grave?

¡Ese que se ha marchado es un zoquete!

¿Qué es poesía, eh? ¡Ni Dios lo sabe!





DIVAGUÉMOS

¿Que no hay trasmigración? Yo creo en ella.
Si no hubiera más datos, bastaría
el de ser una idea tan extraña
que no puede nacer de la inventiva.

Eso es intuición vaga y remota
como el *quid* interior que nos obliga
á adorar á un espíritu increado
y á creer en lo eterno de otra vida.

Además, en el cambio de envoltura
suele quedar el *aire de familia*
y persistir los rasgos más salientes
y grabarse el recuerdo de las líneas.

¿No hay quien tiene los ojos de mochuelo?

¿No hay quien tiene la cara de gorila?

¿Quién no ha visto chiquillas regordetas
que más parecen ranas que chiquillas?

Y además, esos trasgos espantables
que en sueños nos rodean y nos miran,
los misteriosos ruidos de la noche,
la luz que brota y muere en la retina,

las ilusiones todas, ¿quién ha dicho
con fundada razón que son mentira?
¿No pueden ser retratos de otros seres,
recuerdos de anteriores melodías,
rayos de otras hogueras y otros soles
que allá en el fondo de los ojos vibran...
¡sensaciones, en fin, de la materia
que á veces en los nervios resucitan?

Hay un punto no más en que conviene:
todas las religiones positivas:

este punto es el centro de las almas,
que es punto de llegada... y de partida.

Si el espíritu va de los que mueren
á ese centro á parar, ¿será herejía
el suponer también que de allí sale
el que á los seres nuevos vivifica?

Y si á un hombre le toca en el reparto
una porción de espíritu de hormiga,
algo se acordará del hormiguero
y será laborioso... algunos días.

Así os explicaréis perfectamente
el hecho de encontrar en cada esquina
un gomoso que ha sido saltamontes,
una dama que ha sido cotorrita,

un sacristán que ejerce de lechuza,
una moza con visos de gallina,
un señor con ribetes de besugo
y un sujeto que fué caballería.

Yo conozco bastantes caballeros
con caras de personas distinguidas
que en otra encarnación han sido moscas,
¡y siguen siendo moscas todavía!

¡AY, AMELIA!

Con un lujo escandaloso
y ese mirar descocado
que forma el sello afrentoso
de las reinas del pecado,
dejando un rastro de aromas
que me han costado el dinero
y sonriendo á las bromas
de tal ó cual majadero,
con esa altivez bravía
que tu condición te da,
pasaste ayer, vida mía,
por la calle de Alcalá.

Un sombrero muy bonito
con un ala exagerada
y el cadáver de un lorito
con la cabeza encarnada;
tu abrigo de terciopelo
negro, con forros granate,
y un *boa*, que llega al suelo,
de color de chocolate.

Falda de seda crujiente
que, por si acaso llovía,
te alzabas bonitamente
con mucha coquetería,
para enseñar, al descuido,
con aire provocador
esas medias que han tejido



los diablillos del amor.

Además, sobre los guantes,
cadenas y brazaletes,
y un aluvión de brillantes
en botones y corchetes.

¡Vive Dios! que nadie iba
por la calle de Alcalá
más vistosa y llamativa
que el fruto de tu mamá.

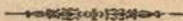
Yo te vi... *pasar ligera*,
como dice la canción,
recogiendo por la acera
palabras de admiración,
y me asaltó en el instante
una reflexión muy rara:

—Pues, señor, está elegante;
pero me cuesta muy cara,
¡pero muy cara! Y lo malo
es que el lujo de esta moza
yo sólo se lo regalo,
y es el mundo quien lo goza.

Ya sé yo que tú me quieres;
sin embargo, he decidido
renunciar á mis deberes
de amante favorecido...

En otro tiempo, ¡ahí verás!
ardiente y enamorada,
me gustabas mucho más
sin adornos y... sin nada.

Y hoy suspendo mis visitas,
porque ya no me convienes
por eso. Porque te quitas
lo más bonito que tienes.





FUMEMOS

La vida es un cigarro. Ya se sabe.
Se ha dicho siempre y en distintos tonos.
Y se fuman los hombres sus hojitas
sin saber que se fuman á sí propios,
los unos con papeles perfumados,
con envoltura pésima los otros,
y algunos en vegueros imperiales
con su cubierta plateada y todo.
Este sabe chupar, y saca el jugo;
aquél no sabe, y se le acaba pronto;
quién, por fumar de prisa, le consume;
quién, va apurando el goce poco á poco.
Unos encuentran fuerte su tabaco,
otros le juzgan demasiado flojo,
y después del placer de una chupada
les queda el amargor á casi todos.

A cada aspiración se va gastando
la ilusión de fumar, que es un tesoro;
y hay quien tira el cigarro antes de tiempo
por echarlas de listo y darse tono.
Cuando se va acabando la colilla
y quedan en los labios los despojos,
¡qué pena debe dar! ¡Será una cosa
de darse en cuerpo y alma á los demonios!
Cada lance de amor una chupada,
que hace daño y marea, y vuelve loco,
chupada la esperanza que se pierde,
chupadas los delirios del negocio,
heroísmo, amistad, cariño, gloria...
todo se escapa á bocanadas, ¡todo!
Y á fumar nos obligan; ¡pues fumemos!
Tabaco que no luce es un estorbo.
Si se deja el pitillo y no se chupa,
¡resulta luego que se apura solo!





TODO EL MUNDO

AY una tontería
en todas las cabezas arraigada,
que crece cada día
y hace á la humanidad muy desgraciada.

Consiste en la creencia
de que el género humano, todo entero,
directamente influye en la existencia
de un solo ser, señora ó caballero.

—*Todo el mundo* me insulta y me escarnece—
dice algún desgraciado
que no goza la renta que merece
porque se la ha bebido ó la ha jugado.—
Ya nadie me saluda,
ya todos me sonríen con desprecio,
de mi honradez se duda,
y unos me llaman pillo y otros necio...

Otro exclama:— Mi esposa,
á quien yo nunca quise, por más señas,
me ha salido indecente y asquerosa
y me ha puesto el honor cual digan dueñas.

Por eso ya no llevo alta la frente
ni puedo sustraerme á las hablillas,
ni alternar con la gente
que me mira, burlándose, á hurtadillas...
¡La vida es imposible; ya presiento
que voy á morir pronto!—
—¡Ah!—le grita al momento
el sentido común.—¡No seas tonto!
porque ese *todo el mundo*
que piensas que te infama á todas horas
con desprecio profundo,
se compone, á lo más, de cien señoras
y otros cien conocidos
que encuentran murmurando sus placeres,
y tienen qué callar de sus mujeres,
ó tienen qué callar de sus maridos.
Y ¿qué es eso, buen hombre,
si vas y lo comparas en seguida
con esa multitud desconocida
que no sabe ni el santo de tu nombre?
¿No resulta á la postre, bien mirado,
que nadie se ha enterado?
Además, es seguro que esos ciento
cuya opinión te arredra y amilana
se ocupan de tus cosas un momento
y te olvidan mañana...

—
Yo conocí un sujeto muy decente
á quien dejó su novia de repente,
y cometió por eso la torpeza
de pegarse un balazo en la cabeza.
¿La querría tal vez? No la quería;
pero tenía miedo
de que le señalara con el dedo
todo el mundo, y huía

del ridículo atroz (!) en que caía.

Y ¿qué resultó luego? Que era un bolo.
Entre amigos, parientes y vecinos,
doce personas lo sabían sólo,
¡y á nadie le importaba tres cominos!



AMOROSAS

I

Estoy resuelto, Brígida, á robarte.
Nos escapamos en el tren, ¿te enteras?
y vamos á parar... á cualquier parte.
Luego te dejaré donde tú quieras,
¡porque es claro que tengo que dejarte!

II

Defectos me parecen tus encantos
desde que sé que los conocen tantos.

III

No, pues si de aquella cita
se ha enterado el Juez eterno,
no nos salva del infierno
ni la caridad bendita.



IV

Los amores del alma son consejas
que no se pueden escuchar con calma,
porque también las viejas tienen alma
y nadie se enamora de las viejas.

V

Que el demonio la tienta
me dijo Amparo;
y yo la dije: Niña,
¡quién fuera el diablo!

VI

Quisiera yo saber las tonterías
que sueña Encarnación todos los días,
porque hay seres sencillos
que, al soñar, no se paran en pelillos.

VII

¿Di un abrazo á Ramona y me perdona?
¡Pues ya empiezo á cansarme de Ramona!

VIII

Hoy hace mes y medio que, imprudente,
jurabas adorarme eternamente
sentada en mis rodillas,
y ya á mi lado te consume el tedio.
¡Sois el mismo demonio las chiquillas!
¡Llamáis eternidad á mes y medio!

IX

Si dejas á tu novio
que se propase,
te lo ha de echar en cara
cuando se case.

X

He soñado, Matilde, que volvían
las falanges aquellas
de siervos del Korán, que nos vencían,
y que á ti te escogían
para el tributo de las cien doncellas.
¡Y yo, que era soldado visigodo,
me hartaba de reir, dormido y todo!

XI

La constancia en amor es la celada
que arregló con engrudo Don Quijote:
si se la pone á prueba con la espada
del tiempo ó el desdén... ¡se ve el pelote!

XII

¡Qué guerra te daría
si me volviera pulga cualquier día!

XIII

La pasión ha matado á mucha gente,
pero el siglo es burlón, amiga Rosa,
y á los que caen entierra indiferente.
Viene luego una ciencia incompetente
y dice que se han muerto de otra cosa.

XIV

Me ciega la pasión de tal manera
á solas encontrándome contigo
que, si en mí consistiera,
volvería á perder á España entera
por la misma razón que don Rodrigo.

XV

Si merece el fuego eterno
quererte más de lo justo,
vas á llenar el infierno
de personas de buen gusto.

XVI

El amor material es un pecado,
pero nadie por él se ha condenado,
pues queda el pecador arrepentido
en seguida de haberle cometido.

XVII

Siempre diciendo:—¡Imprudente!
¡Me da vergüenza! ¡No puedo!... —
Vaya, hablemos francamente:
tú llamas pudor... al miedo
de que lo sepa la gente.

XVIII

Es un cigarro la pasión, chiquilla.
¡Con qué delicia se le prende fuego!
Se acaba de fumar, se escupe, y luego..
se deja en cualquier parte la colilla.

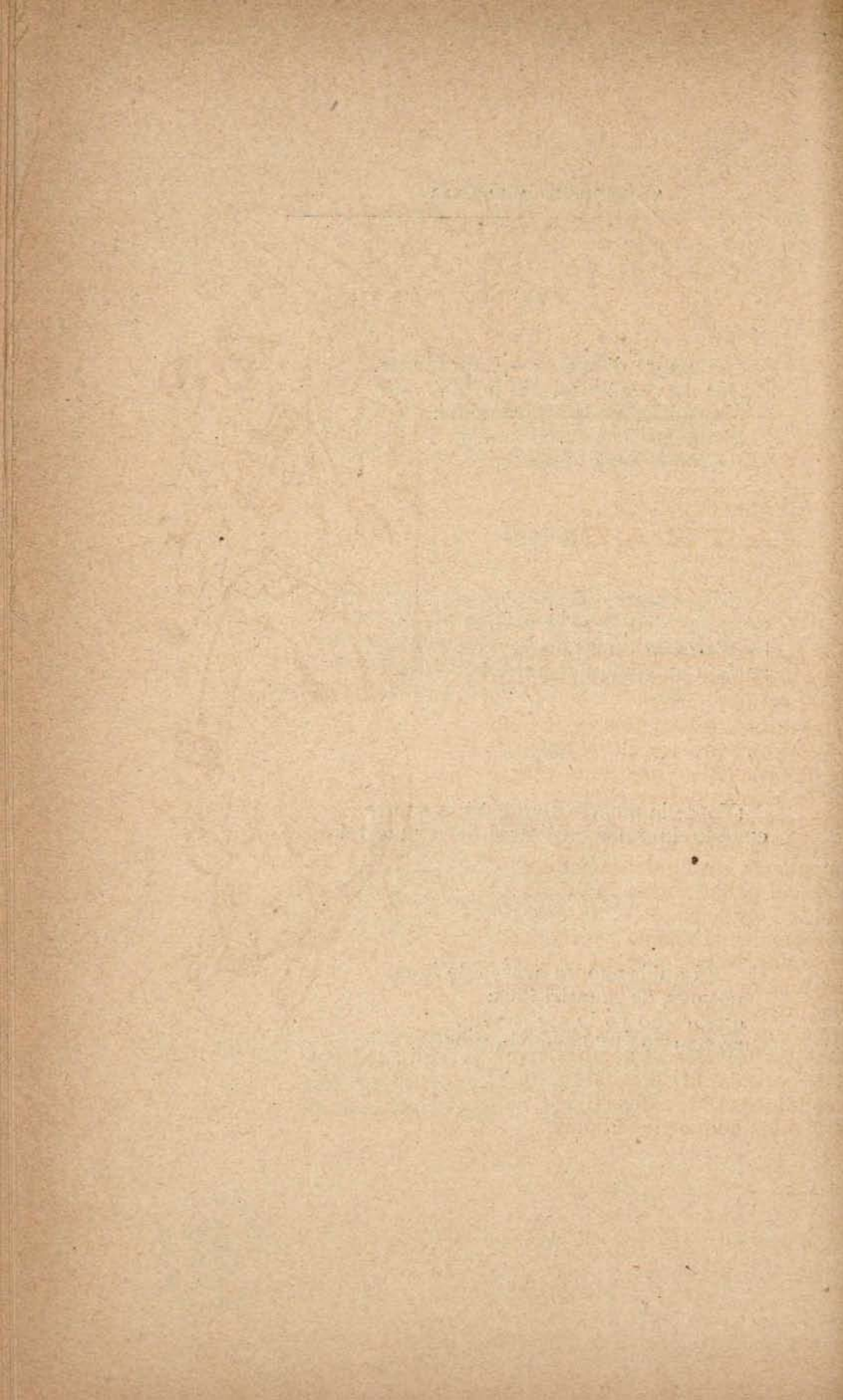
XIX

¡Yo de la muerte envidiaré la suerte
cuando duermas en brazos de la muerte!

XX

Tú quiéreme un cuarto de hora
no más, de mentirijillas;
que, como yo le aproveche,
no has de olvidarme en tu vida.

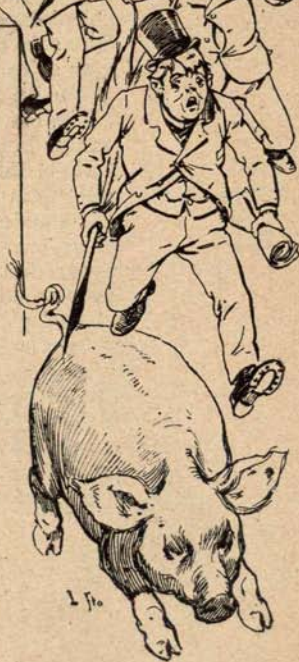






¡ATRÁS!

Un tropel de enemigos del idioma
decidido á embestir por cualquier parte
va á caer sobre el arte,
como entraron los bárbaros en Roma.
El *couplet* por aquí, por allí el tango,
detrás de cada chiste una impureza...
y sube la marea, y crece el fango
que ahogará en inmundicia la belleza.
Una turba de niños nos abrumba
con la audacia sin fin del majadero;
se salen del pañal, toman la pluma
y dejan la vergüenza en el tintero.
El programa es el mismo para todos:
no hay amor, ni pasiones, ni ideales;
no hay más que vengadoras y beodos
con instintos brutales.
¿Se trata con *genial* delicadeza
de hacer la disección al hombre vivo?
Nada de corazón, ni de cabeza:
¡la cuestión es el tubo digestivo!
Preferir á los buenos los idiotas,



coger del mundo lo peor que tiene
y buscar palabrotas
para acabar un párrafo que suene.
¡La verdad ante todo!
y el lenguaje más real es el grosero.
¿No hablan los carreteros de ese modo?
Pues ¿por qué no escribir en carretero?
¡Copiemos la verdad! De aquí resulta
que sólo es verdadero lo canalla,
que se toma la musa por pantalla
y que en lugar de discutir se insulta.
¿Y es ése el porvenir? ¿Querrán con esto
matar la poesía, noble, hermosa,
bajo el falso supuesto
de que la vida humana es sólo prosa?
¡No puede ser! ¡Atrás, innovadores,
si no hacéis las reformas de otro modo!
Serán de trapo y de papel las flores,
pero es bobada preferir el lodo.
¡Atrás! y con la música á otra parte.
Ni eso es literatura,
ni por ese camino se va al arte,
que se basa en la gracia ó la hermosura.
Si ha de buscarse brillantez de estilo
con cosas sucias y costumbres malas,
¡volvamos á los tiempos de Batilo
y á tratar de pastores y zagalas!



AGITÉMONOS

¡Dichoso aquel que no ha visto
más río que el de su patria
y duerme anciano á la sombra
do pequenuelo jugaba!

¡No! ¡Dichoso aquel que vuela
raudo y libre como el águila
y deja el caliente nido
cuando se siente con alas!
El barco amarrado al muelle
se pudre sin hacer nada,
y es lástima que se gaste
la brea que en él se gasta.
Tienda orgulloso las velas,
rompa los cables y vaya
á pasear por los mares
la bandera de su patria.
El que hoy se acuesta sabiendo
lo que va á pasar mañana,
sin ilusiones ni penas
ni placeres ni batallas,
nace en cama miserable
y muere en la misma cama,
sin que al correr de los años
se le despeguen las sábanas,
debe vivir abrumado
con lo que le estorba el alma.
Santo y bueno que se guarden
los recuerdos de la infancia,



que refrescan el espíritu
y aminoran las desgracias,
pero corriendo con ellos
tras emociones variadas
á luchar con las pasiones,
siempre alerta y siempre en guardia.
¿Por qué razón es dichoso
quien vive en perpetua calma
y no sabe si hay más tierra,
ni más cielo, ni más agua
que el terruño en que se aburre
y las nubes que le tapan
y el arroyuelo que lame
la puerta de su cabaña?
¡Esa es la vida del árbol
que crece donde le plantan,
y sin pesar ni alegría
cae á los golpes del hacha!
La felicidad se encuentra
combatiendo por lograrla,
y hasta el vencido en la lucha
es dichoso en su desgracia.
No hay vida sin ilusiones
ni placer sin esperanzas,
y el mundo es bello, y morirse
sin conocerlo da lástima.
Sobre que Dios, el gran día
en que se pesen las faltas,
pedirá á sus criaturas
obras, ó buenas ó malas,
y distinguirá á los hombres
que hicieron uso del alma
de los que fueron pedruscos
clavados en las montañas.

LA MUCHEDUMBRE

No se sabe por qué, pero es seguro
que cayó el presidente del Consejo
con fama tal de sanguinario y duro,
que se vió en un apuro
para escapar á Francia con pellejo.

Al enterarse el pueblo de que huía
sintió deseos de blandir el palo,
porque la gente tiene la manía
de arréar al que corre, bueno ó malo.

Empezaron por calles y plazuelas
á murmurar los hombres en corrillos,
á reir y á chillar las mujerzuelas
y á cantar indecencias los chiquillos,
hasta que de repente,
y empujada por fuerza misteriosa,
la gran masa de gente
rompió en aullidos y avanzó furiosa.

¿Quién sugirió á la plebe soberana
una idea feroz? No se ha sabido,
pero la tromba humana
cayó en la casa que habitó el caído
y todo lo arrasó. De tal manera,
que no dejó siquiera
ni un cuadro, ni un papel, ni una moldura;
el populacho es ciego
y nada le detiene ni le apura
si se decide á entrar á sangre y fuego.

Cayeron á pedradas
las puertas, y guardianes y criados,
muertos á puñaladas,
fueron bárbaramente mutilados.



Y hasta un niño inocente, que dormía
en su cuna preciosa
con cortinajes de color de rosa,
como el albor del día
que cuando empieza á fulgurar se acaba,
fué herido por la faca de un salvaje

que rasgó la batista y el encaje
sin fijarse tal vez dónde pinchaba.

Surgió el incendio, se extendió imponente,
hundióse con estruendo la techumbre,
y lo que respetaron casualmente
la piedra y el puñal, quedó en la lumbre.
Entonces, harta ya, la muchedumbre
se marchó á descansar tranquilamente.

—
¿Quiénes son esas fieras? ¿De qué abismos
sale esa multitud devastadora?
De ninguno. Los hombres son los mismos
que vemos en la calle á cualquier hora.

Y si á fuerza de estudio y de trabajo
pudierais conocerlos, uno á uno,
veríais que ninguno
es capaz de matar un renacuajo.



EN LAS ALTURAS



—¿Está San Pedro bendito?
—¿Quién es?

—Una pecadora
que quiere saber la hora
de hablar á Dios infinito.
—Pues San Pedro no está aquí;
anda un poco constipado
esta tarde, y me ha dejado
en la portería á mí.
Pero ocupo este banquillo
con la misma autoridad
del apóstol.

—¿De verdad?
¡Pues es usted un chiquillo!
—No hay que fiarse en tamaños;
soy serafín chiquitín...
—¿Conque es usted serafín?
Que sea por muchos años.
—Soy del coro, toco y canto.
Vea usted el arpa de oro.
—Pues yo también soy del coro
de los Bufos.

—¡Cielo santo!
¿Conque compañera?

—Sí.
Aunque indigna compañera.
—Pues es usted la primera
que ha venido por aquí.

—Porque yo he sido más lista que las otras, y me he dicho: «Puede que tenga el capricho Dios de ponerme en la lista.»

—No es caprichoso el Señor, y el que en pecado viniere no entrará.

—Pero si Él quiere puede hacerme ese favor.

—Pero no querrá.

—¿Por qué?

—Porque la justicia es antes.

¿Qué virtudes relevantes son las que presenta usted?

—Pues... una voz que ¡yo entiendo! y un cuerpo que da la hora.

—¡No diga usted eso, señora, que me está comprometiendo! ¡Aquí no hay voz ni hermosura que disculpe un enredijo!

—No se sofoque usted, hijo, que le va á dar calentura.

¿Quiere usted que hable formal?

Hablaré. Yo he sido atroz, porque sólo con la voz se vive bastante mal.

Una gana doce reales, si los gana, ¿y eso qué es si la piden cada mes

unas botas imperiales?

Hay que aceptar pretendientes, amar en broma y de veras, y reventar calaveras y desplumar inocentes...

Yo era buena y era honrada;

pero quise á un ciudadano

que *casi* pidió mi mano

y me jugó una trastada.

¡Pero superior!

—¿Sí, eh?

—Desapareció el maldito
dejándome un angelito
tan hermoso como usted.

¿Qué iba á hacer? Joven, hermosa...
triunfé de mala manera,
y porque el hijo viviera,
la madre fué... cualquier cosa.
En la escena el relumbrón,
las mallas, el oropel...
y allá en la guardilla, aquel
pedazo del corazón.

¡Quién podía sospechar
que los mimos que vendía
me daban al otro día
paz y dicha en el hogar!

¿Que fuí mala? En eso estamos;
pero Dios sabe mi historia.
Que Él me destine á la gloria
ó al infierno. Conque, vamos,
aquí ó allá, una de dos:
¿me deja usted entrar, ó qué?

—Compañera, pase usted,
¡que la ha perdonado Dios!





EL OTRO MUNDO

Dominando los nervios, que hace días,
en continua tensión, la paz alejan
y á fuerza de fatiga y de trabajo
me están poniendo como digan dueñas,
por un esfuerzo enorme del espíritu,
casi agotando las escasas fuerzas,
pude dormirme al fin, con ese sueño
ligero, inquieto y breve de la anemia.
Un sueño trabajoso, en que la sangre
no circula tranquila por las venas,
y no borra las huellas del cansancio,
sino que las ahonda y las aumenta.
Todo vibraba en torno. Parecía
que entre las sombras de la noche negra
emprendían los átomos del aire

desatinada y rápida carrera.
Y... surgieron del caos, de repente,
figurillas extrañas, tan pequeñas
que podrían haber muchos millones
en el sitio que ocupa una lenteja.
Afectaban las formas más variadas
que ven los ojos y la mente sueña,
gnomos, hadas, gusanos, mariposas,
geniecillos, ondinas y sirenas...
¡Y hablaron á la vez! Y me dijeron
con un dejo de orgullo y de firmeza:
—¡No queremos que duermas esta noche,
queremos que nos oigas y nos veas!
Te burlarás mañana de nosotros
si nos crees, cuando pienses que despiertas,
engendros de la fiebre, creaciones
de tu imaginación calenturienta,
¡y harás mal en burlarte! Porque somos
los dueños y señores de la tierra,
los eternos motores de la vida,
los gérmenes eternos de la idea.
Vivimos en los hilos invisibles,
tenemos por cuarteles las moléculas
y en continua labor nos agitamos
en el vibrar sin fin de la materia.
¿No has oído, despierto, muchas veces
esos vagos rumores que se alejan,
esos lamentos sordos de las sombras,
esos hondos chasquidos de la tierra?
Nosotros los hacemos. De ese modo
inexplicables á vosotros llegan
los ecos de las tumbas de los muertos
y el ruido de las almas que revuelan...
Nuestros son esos cantos misteriosos
que susurran las hojas en las selvas,
los murmullos monótonos del río,
los rugidos del mar en las galernas.
Os traemos la luz con nuestros cuerpos

rodamos con la sangre en las arterias,
y del cerebro en la intrincada urdimbre
trabajamos ocultos en las celdas.
Vuestro orgullo satánico os engaña:
lo que creéis ser vuestro es obra nuestra,
los chispazos del genio, las delicias
del amor, el suplicio de las penas...
¡Vosotros, los gigantes, no sois nada!
¡Lo grande está en nosotros, en la esencia!

.....
Cesó el discurso, y al rayar el día
se escapó bruscamente la caterva.

—
Yo admiro desde entonces con respeto,
como si fueran mundos, las moléculas
que en polvillo sutil, tenues, brillantes,
en los rayos de luz revolotean.



A PONCIO, PERIODISTA

Es lamentable desdicha
que una costumbre perversa
permita á cualquier mastuerzo,
virgen de libros y escuelas,
ir donde nadie le llame

y hablar de lo que no entienda,
y ponga, Poncio, en tus manos
la palanca de la prensa.

Tú de política sabes
lo que yo de hacer calcetas,
y en política te metes
y discutes los sistemas.

Si quieres, á los ministros
les pones cual digan dueñas
y hasta escribes con frescura
párrafos de esos que empiezan:

«Nosotros aconsejamos
á su majestad la reina...»

¡Y luego da risa, Poncio,
ver lo que tú le aconsejas!

Tú no entiendes palotada
del arte de hacer comedias,
y acudes á los estrenos,
y bulles, y faroleas,
y á cambio de bombos, pides
favores á las empresas,
cuando no sales diciendo
lo de «triste decadencia»



y lo de «inmunda bazofia
de los teatros por piezas...»
¡Ni sabes de eso palabra,
ni hace falta que la sepas!
Los consejos literarios
ni se siguen ni aprovechan;
el ejemplo es lo que cunde
y el modelo es lo que enseña.
Si te importa el arte, baja
del pedestal á la escena
y haz un juguete de esos
que dices que hace cualquiera;
verás, Poncio, cómo sudas
y qué silbidos te llevas,
que muchos Poncios bajaron
y se oyó la grito en Cuenca.
Tú en aritmética ignoras,
de las cuatro, las tres reglas,
y compones con guarismos
desperfectos de la hacienda.
No siendo nadie ni nada,
deprimes, ensalzas, pegas,
y sin ti no hay en el mundo
bailes, banquetes ni fiestas...
Vergüenza da que entre cuatro
deshonréis la clase entera
y donde sobra el ingenio
á entrar ¡oh Poncio! te atrevas;
que la trompa de la fama
suene alabando simplezas
¡y que la toquéis vosotros,
que no valéis tres pesetas!





EL MUERTO

Al pie de un matorral, sobre pedruscos,
en lo más intrincado de la sierra,
yace tendido un hombre, cuya sangre
se va escapando por la herida abierta.

Tras el tupido velo de la noche,
las rocas y los árboles proyectan
sobre la limpia sábana de nieve
mil espantables sombras gigantescas.

Solo está el pobre muerto, con las manos
agarrotadas, rígidas y yertas
clavadas al fusil, por el impulso

de la terrible convulsión suprema.

Es un carabinero. Cuando lleguen los compañeros que á buscarle vengan, le encontrarán envuelto en el sudario que le está preparando la tormenta.

Su mujer, entretanto, allá en el valle, dispone alegre la sencilla mesa y arrima los pucheros á los troncos que en el ancho fogón chisporrotean.

Alborotan la casa los chiquillos gimiendo y suspirando por la cena; la madre, despreciando la ventisca, mira y remira la lejana selva, y cuando el más hambriento le pregunta:

—Pero ¿no viene padre?—le contesta:

—Ya no debe tardar, conque, ó te callas, ó te va á dar azotes cuando vuelva.

—
—
¡No volverá jamás! Porque otro pobre que sale de su choza cuando nieva, para poder meter de contrabando unas cajitas de tabaco de hebra, juzgó buena ocasión aquella noche de ganarse un puñado de pesetas, tropezó con el guardia en el sendero y le metió una bala en la cabeza.

—
—
Allí quedó el cádaver. El delito con su manto cubrió la noche negra, ahogó el trueno los ayes de agonía, y espesos copos borrarán las huellas.

Sólo entonan grandiosos funerales
el vendaval que silba en las cavernas
y el indómito mar, que zumba lejos
batiéndose furioso con las peñas.

—

Todo puede explicarse en este mundo.
A no inventar el diablo las fronteras,
¡maldita la importancia que tendrían
unas cajitas de tabaco de hebra!





DE LO VIVO Á LO PINTADO

García, publicista distinguido
y escritor atildado,
no necesita un bombo exagerado,
puesto que es demasiado conocido.

Pinta de tal manera,
con una observación tan verdadera,
los tipos populares,
que, leyendo á García, ve cualquiera
caracteres, costumbres y lugares.

¡Qué sencillez! ¡Qué sal, Virgen María!
Si pudiera dejar la sepultura
don Ramón de la Cruz, envidiaría
la fresca inagotable donosura
del chispeante ingenio de García.

Y le decían todos:—¿No da pena
que teniendo esa gracia de la buena,
copiando el natural con tal salero,
no vayas á buscar fama y dinero
lanzándote á escribir para la escena?

La gloria teatral es tentadora,
la multitud que aplaude dominada
ofrece condensada
la dicha de una vida en media hora.

Y García cedió; soñó laureles,
pensó en el triunfo del primer estreno,
preparó los papeles
y quiso hacer un plan sobre el terreno.

Por lo cual, una noche de verano
se marchó á la verbena, de trapillo,
con un bastón de nudos en la mano
y un duro, *pa aguardiente*, en el bolsillo.

Metióse por un corro á la ventura,
y en cuanto vió una chica apetitosa,
le dijo muy plantado:—Adiós, graciosa,
¿se quiere usté bailar con este cura?

La chulapa aceptó, ¡pues ya lo creo!
y empezó el incitante contoneo
de ese *schotis* ceñido, tanto, tanto
que, siendo un acicate del deseo,
tiene de baile lo que yo de santo.

.....
Á las pocas palabras, vió García
que la moza tenía
ese genial donaire sandunguero
de la mujer *baril*, que no se cría
más que allá por la calle del Bastero.

Socarrona y mordaz, siempre dispuesta

á vencer al contrario por la audacia,
y que á todo contesta
porque trae en los labios la respuesta
que es un disparo de cañón... con gracia.

Y como aquel carácter puro y neto
le venía de perlas á su objeto,
García recordó que era notorio
su don de observación para estas cosas,
y soltó á la muchacha el repertorio
de frases ingeniosas.

¡Qué ocurrencias! ¡qué chistes! ¡qué derroche
de sal y de talento!

Puede decirse, en fin, que aquella noche
estuvo el escritor en su elemento.

Su pareja mirábale asombrada,
y cuando él la creía entusiasmada,
le dijo secamente:—Oye, gracioso,
¿camelitos á mí? ¡Pues no te empringues,
que tú quiés distinguir, y no distingues
y hueles á cien leguas á patoso!

Poco después, mohino con la *guasa*,
pensó García al retirarse á casa:
—Pues señor, todos dicen que he logrado
retratar á esta gente de tal modo
que se respira la verdad en todo...
pero me han engañado.
Quien me debe entender no me ha entendido,
¡luego no está el retrato parecido!
En la revista ó en el libro pase,
porque lo leen personas de otra clase;
pero si hago un sainete cualquier día
y esa gente del corro
ocupa como juez la galería,
me dirá con razón que soy un porro

que no he visto Madrid ni por el forro.
Convengo en que el aplauso enorgullece:
pero yo, por si acaso, cojo y cierro
mi plan con siete llaves... ¡Este perro
no es tan fácil de inflar como parece!





TOMANDO CAFÉ

Heme aquí, repantigado
en la mullida banquetta,
con los codos sobre el jaspe
y un cigarrillo en la diestra,
contemplando los vapores
de la tacita que humea.
Mitad café y mitad leche
he dicho que me sirvieran,
y creo con fundamento

